

# MENSAJE DEL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DEL PERU DOCTOR ALAN GARCIA PEREZ AL ASUMIR EL MANDO PRESIDENCIAL

*Señor Presidente del Congreso, Excelentísimos Señores Jefes de Estado, amigos de todas las naciones, pueblo peruano:*

SALUDO LA PRESENCIA DE LOS JEFES DE ESTADO, las delegaciones extranjeras y la expectativa nacional en esta hora en que nuestra democracia se consolida, pero en la que además, por vez primera y tras 60 años de camino, un representante aprista llega a asumir el alto destino de Jefe de Estado y ratifico al comenzar estas palabras que, elegido por el voto de la mayoría absoluta de los peruanos, debo repetir ante la nación que mi compromiso es con la totalidad de sus ciudadanos.

Compromiso ante el pueblo y con el pueblo para construir un gobierno nacionalista, democrático y popular, que dé respuesta a la crisis histórica y a la situación actual, echando al mismo tiempo las bases de una sociedad autónoma y libre de la que se eliminen la injusticia, la explotación y la miseria.

Juro por ello ante el Dios de nuestros mayores, ante la esperanza del pueblo y ante el futuro que cumpliré ese compromiso sin dar paso atrás y sin defraudar a los peruanos. Y lo haré con toda la nación a pesar de la realidad en la que hoy día recibimos el poder.

Más dramática y difícil no podía ser la tarea, pero a la vez, más hermoso y trascendental no podría ser el reto. Y porque la historia se abre paso en la crisis y a fuerza de dolores, venimos ante el país y ante nuestros hermanos de otras tierras a reiterar nuestra fe de hacer algo grande en la historia a pesar de los problemas que ahora nos aquejan.

Debemos comenzar planteando qué situación atraviesa nuestro país. Luego anunciar las razones históricas de la desigualdad. Para entonces explicar el tipo de Estado que deseamos. Y concluir con las respuestas concretas que se dará a los problemas de la deuda externa, la inflación, la parálisis productiva, la subversión, la moralización y el retorno al principio de autoridad.

¿En qué situación recibimos hoy el poder?

En el marco de la crisis internacional, que afecta también a las naciones más fuertes, ellas, reservándose la alta tecnología y cerrando sus fronteras a nuestros productos, se defienden merced al proteccionismo y al implacable cobro de la deuda que en los últimos años el intercambio desigual de nuestras materias primas contra sus productos industriales fue generando como una hipoteca en nuestro destino.

Eso añade a nuestra pobreza histórica el costo de pagar la crisis mundial paralizando nuestras fábricas y disminuyendo el consumo de las mayorías.

Pero los efectos de esa crisis, sumados a la estructura deformada e injusta de nuestra sociedad, se han visto también agudizados por la aplicación de políticas erróneas, cuando no interesadas, que se traducen hoy día en índices económicos y sociales que toda la nación conoce y sufre.

La inflación o aumento de precios que en los últimos años fue sucesivamente del 73%, 74%, 125% y 110%, avanza inexorable y ya pasada la mitad del año hacia el 200% de la hiperinflación.

El desempleo, enfermedad del centralismo, ha aumentado al punto de tener solo 35 de cada 100 peruanos una ocupación estable y un salario que en sus niveles mínimos, llega a la suma mensual intolerable de 28 dólares por persona.

La pérdida del poder adquisitivo del sol peruano, del cual hasta el nombre ha desaparecido, expresa el estado de una economía cada vez menos productiva, cada vez más centralista y cada vez más injusta. Con la agricultura abandonada y las fábricas paralizadas, la economía peruana ha retrocedido 20 años en su nivel de producción. Más aún, para los próximos meses, se anuncian mayores problemas en la cosecha agrícola ocasionados últimamente por la falta de crédito en el abastecimiento del pescado congelado y enlatado, por los problemas laborales y comerciales ocurridos también en otros sectores productivos.

Estos síntomas son producto de una larga historia de injusticia y anuncio al país que sus efectos se sentirán todavía con fuerza durante algún tiempo. Pero de ellos se desprende una gran verdad. Es más tarde en nuestra historia de lo que suponemos, es más grave la crisis de lo que creemos, y eso nos impone a todos el camino audaz de una revolución por la independencia, el desarrollo y la justicia social.

Porque a los síntomas económicos se unen la corrupción, gangrena de conciencias e instituciones y, en muchos casos, el uso y el abuso prepotente del poder en todos sus niveles.

Surge entonces, en unos la incredulidad y se preguntan otros para qué sirve esta democracia, pero se afirma en los demás la impaciencia y asoma la subversión como una respuesta equivocada y dogmática, pero siempre como el afán de dar la razón al que tiene las armas. Como si la fuerza fuera el sustento duradero de la justicia y como si la auténtica democracia pudiera ser sustituida por la imposición de una minoría que se atribuye el sentido de la historia, usurpándola a las mayorías populares.

Ante esta realidad algunos solo ven escombros y ruina. Ante todo esto, algunos huyen llevando en sus alforjas el sudor y el trabajo de nuestro país, otros esperan atemorizados. Pero yo debo destacar el voto del 14 de abril como un voto de esperanza, como un mandato de afirmación y como la muestra de fé de un pueblo que casi todo lo ha perdido pero no ha perdido la esperanza en el futuro y, a pesar de los malos gobiernos, no se rinde al infortunio.

Cabe preguntarse entonces, señores Jefes de Estado, señores Representantes, por qué y para qué votó el pueblo del Perú.

Votó en primer lugar para afirmar la democracia como convivencia pacífica, como sustento de las libertades fundamentales de opinión de expresión y agrupación. Votó para confirmar que solo el pueblo puede elegir a sus conductores y sancionar sus errores. Y al hablar de la democracia como derecho de elección quisiera, señores, rendir mi profundo homenaje al Dr. Domingo García Rada.

El, como Presidente del Jurado Nacional de Elecciones, garantizó un limpio proceso. El, víctima de un criminal atentado, es ahora un símbolo de la democracia representativa.

Pero también quisiera en este punto referirme a mi antecesor. Mucho podrá separarnos en la ideología y en la acción. Pero los peruanos y entre ellos los apristas, debemos reconocer su ejemplar respeto por la democracia representativa. El, adversario muchas veces del aprismo, ha cumplido con entregar cívicamente el poder y, en este caso, a un aprista, para abrir así las puertas a una concepción más profunda de la democracia, para abrir el paso a la democracia social.

Porque el pueblo postergado votó para que la democracia sea también económica y social. Para hacer que la injusta diferencia que separa los grupos y las personas por la distribución del ingreso abra paso a una sociedad igualitaria. Para hacer que la democracia sea no solo de quienes tienen ingresos y privilegios, sino también de quienes hasta ahora nada han tenido, para hacernos comprender que no puede haber convivencia con la miseria y que en nombre de ella, una ciudad, Lima, o una región, la costa, no deben dominar al conjunto silencioso que es nuestra mayoría histórica.

El pueblo, señores, votó en segundo lugar para afirmar la autonomía histórica de nuestra nacionalidad.

Uncidos al vaivén de otros intereses, hemos sido satelizados en nuestra economía y como la economía sustenta lo social, hemos sido deformados en nuestra historia. El pueblo ha votado por la emancipación económica ajena a todo el imperialismo y ahora tiene un gobierno independiente que pondrá en marcha la gran promesa incumplida.

El pueblo, señores, en tercer lugar, ha votado por la justicia. Las comunidades campesinas, los pueblos jóvenes, los obreros, las clases medias, han dado su voto para hacer posible un esfuerzo que nos emancipe de la miseria. El Perú no está condenado a la pobreza. Declaro que ella se nos ha impuesto desde fuera y desde Lima y que deformados en largos decenios vemos hoy nuestra escasa riqueza en manos de algunos y a la inmensa mayoría sometida a la miseria. Distribuir mejor la escasa riqueza pero hacerla realmente productiva es el mandato del próximo gobierno, y pido la ayuda de todos ustedes para cumplirlo.

Pero el pueblo ha votado también por el orden, por la democracia como principio de autoridad, ha votado contra el caos y por el cumplimiento del deber, ha votado contra la corrupción y el abuso y quiere tener un gobierno fuerte que afirme su seguridad.

En suma, el pueblo ha votado por un nuevo estilo ético de gobierno, por un cambio histórico y moral en la conducción. Un gobierno sustentado en decir la verdad y en no temerle a ella por impopular que aparezca, por-

que el pueblo ha aprendido una lección. El inmediatismo de las promesas es demagogia. En medio de la crisis, el país no confía en los que prometen más y de inmediato sino que conociendo las dificultades, quiere abrir con su esfuerzo un capítulo histórico diferente.

Por eso quiere un gobierno para el cual no sea abuso y soberbia, tampoco usufructo o botín. Un gobierno cuyos encargados sepan que al Estado no se llega a pedir, sino a dar, que el cargo de funcionario público no se canjea por un sueldo de miles de dólares y que se es servidor público para servir con la mística con la que otros han dado la vida por sus ideas y por la patria a lo largo de la historia. Servidor público es el que sirve al Estado, y no el que se sirve de él, y para que esa definición sea más cierta pongo en manos del Congreso un proyecto de ley, para el que espero aprobación, por la que todo servidor público de cualquier nivel o ministerio que cometa delito económico o abuso de autoridad no tenga la misma sanción que el delincuente común, sino que tenga por su condición doble pena. Una, la del que hurta, pero otra, doble, en castigo por el agravante de la traición a la confianza que el pueblo le dió.

El pueblo votó por un estilo ético de identificación con las mayorías. No quiere el frío aislamiento de oficinas y palacios, quiere un gobierno que tienda la mano al pueblo, que pueda escucharlo y cuando cometa un error no tenga temor a rectificarse, pero que, en contraparte, pueda pedir al pueblo un esfuerzo histórico y alcance a ser comprendido. Y porque para gobernar es preciso dar ejemplo, si pedimos sacrificio debemos renunciar a algunos privilegios. Hace poco fue aprobada una ley que eleva el sueldo presidencial hasta el doble del salario de un senador. Creo que suficiente pago para mi vida y mis ilusiones, es ser Presidente del país en un momento decisivo y hacer algo por el pueblo. Cuando hay peruanos que por trabajar apenas cobran 400.000 soles, los gobernantes deben ser austeros, especialmente con el dinero público. Permitame entregar este proyecto reduciendo el sueldo presidencial a un nivel más acorde a la situación y para que ese dinero vaya a quienes más lo necesitan en verdad.

En suma, queremos un gobierno de solidaridad, ni centralista, ni excluyente, es decir, un gobierno que no sea propiedad privada de los poderosos de dentro o de fuera y deje de ser instrumento de algunos para ser el gobierno de todos.

Pero como el estilo ético no corresponde solo a los propósitos sino al mundo diario de la acción, nos proponemos por eso iniciar una campaña de moralización, de lucha contra la corrupción, el soborno y el abuso, desterrando también el narcotráfico y en tal sentido, hacer que en el futuro la vida moral en el Perú sea diferente, pero para ellos, hacer que los hechos del pasado no queden impunes. Política de borrón y cuenta nueva es política de complicidad, es política que aleja del pueblo. Ajenos al acomodo y a la entrega pedimos al soberano Congreso continuar y aperturar las causas necesarias que, sancionando inmoralidades anteriores, marquen una línea divisoria entre los que prefieren olvidar porque no sufrieron y los que deben sancionar porque actúan en nombre de los que sufren.

Compras de barcos inútiles a precios tres veces superiores a los rea-

les, exoneraciones tributarias concedidas que solo beneficiaron grandes intereses, mercados adquiridos en el exterior para quedar sin uso, contratos de obras eléctricas ofrecidas por decenas de millones de dólares y que al final resultan costando cientos de millones. Construcciones subastadas a firmas extranjeras con precios abultados, una seguridad social multiplicada en burocracia, dispendiosa y defraudadora del modesto aporte de millones de peruanos que debe ser de inmediato declarada en reorganización, todo esto y otras cosas, deben ser efectivamente investigadas y por primera vez sancionadas para que ello sirva de lección dura pero necesaria para nuestra propia historia.

Así en el pueblo del Perú, si de la noche a la mañana los alimentos no crecerán en nuestra tierra, ni los sueldos aumentarán tanto como quisiéramos, a pesar de eso un gobierno popular comenzará afirmando la moralidad nacional y esta deberá ser cautelada por instituciones policiales que recuperen la credibilidad del país, pero en cuyo seno actualmente se han infiltrado elementos perniciosos, ante cuya inacción ociosa o cómplice, prosperan la corrupción y el abuso en el país.

Para que las instituciones policiales recuperen la plena confianza del pueblo, depuren sus cuadros y ganen en orden y eficacia, entrego al Congreso un proyecto de ley cuya aprobación solicito, facultando al poder ejecutivo para proceder en 60 días a la reorganización de las fuerzas policiales.

Este es el sentido, señores, del voto recibido, una democracia social y un gobierno moral, y a su cumplimiento nos obligan múltiples razones.

Primero, la historia de las multitudes de nuestra tierra. Ellas hablaron la vieja lengua, trabajaron el ayllú y fueron después forzadas a la mina y al corregimiento de la conquista. Ellas lucharon con Tupac Amará. Fueron las bases de Junín y Ayacucho, resistieron con Cáceres, el brujo de los Andes, y en 1000 combates sociales posteriores alzaron sus voces y murieron. La trocha abierta por esas multitudes no será traicionada y el Estado se reencontrará con el pueblo.

En segundo lugar, nos obliga al cumplimiento el ejemplo de los luchadores sociales, los conocidos y los anónimos y el ejemplo de los héroes que en horas de adversidad y peligro como ésta no se rindieron. El ejemplo de Grau, de Bolognesi, de Cáceres y de Quiñones no será traicionado.

En tercer lugar, me obliga la historia del movimiento al que pertenezco, el Apra, con sus 60 años, suma de esperanza, de vida paciente y de muerte, suma expectativa de promesas e ilusiones cuyo esfuerzo no podrá traicionarse.

Invoco con el nombre de Dios al espíritu de Haya de La Torre para que alumbré nuestro camino y nos dé fuerzas. El recogió el mensaje reformista de la juventud Argentina de 1918, los ecos revolucionarios de México, la inspiración bolivariana de Unión Americana y la voz de nuestra raza sojuzgada. El anunció la justicia social, pero no fue solo el pregonero, sino el actor de esa causa y murió sin página oscura y en pobreza. Luchó en duras condiciones junto a las multitudes que siguieron con fé la bandera y la promesa de ser libres. Ellos, los muertos, por la causa de la justicia, actores anónimos de las páginas más bellas, prisioneros y pacientes, ellos no serán olvidados.

Y con ellos, el viejo conductor de tantas décadas. Y si él debió alguna vez ocupar el lugar que ahora ocupó, fuerza es que diga que su vida y su ejemplo están presentes aquí y que sus propósitos sumados a los de los hombres de buena fé tienen en esta banda la insignia de un gobierno para todos, pero especialmente para los más pobres y los que más sufren en el Perú.

He querido hacer el rápido recuento de la situación de hoy, del sentido del voto popular y de los antecedentes que nos obligan, porque la hora actual exige una respuesta histórica.

Porque nuestra historia es también la historia de nuestra dependencia a fuerzas externas que aliadas y expresadas en poderosos intereses internos, han llevado nuestro país a la crisis actual. Carentes de un proyecto nacional, carentes de un liderazgo histórico y popular, hemos vivido adecuando nuestra economía a los grandes intereses del capitalismo internacional. Por eso, hemos sido sucesivamente país exportador de materias primas, luego país comprador de fábricas para una industria limeña ajena al país y hoy somos solo un país deudor, abierto sin defensa al comercio de otras naciones y cada vez más pobre por ser menos productivo.

Cuando a comienzos del siglo el imperialismo entonces definido por Lenin y Hilferdin compraba materias primas, fuimos, como otros países de América Latina, exportadores de productos primarios y nos gobernaron los barones del algodón y del azúcar.

Cuando después de la Segunda Guerra, el capitalismo mundial tomó otra forma y se convirtió en el imperialismo de la industria transnacional, ellos, los grandes países, buscaban vender fábricas y tecnología y por eso nosotros nos convertimos en un país ansioso de industrializarse pero solo lo hicimos concentrando máquinas en Lima, en una industria de altos costos que daba poco trabajo al provinciano venido a la barriada y que nos enseñó además a consumir alimentos extranjeros, empobreciendo así cada vez más nuestra agricultura y nuestro campesinado.

Pero en tercer lugar, después de 1970, y cuando el capitalismo mundial, al sentir el impacto de los nuevos precios petroleros, buscó defenderse vendiendo cada vez más productos para pagar la energía y cobrando implacablemente a sus deudores pobres, frente a este nuevo capitalismo, nosotros abrimos nuestras fronteras, compramos sus productos destruyendo nuestra industria y aceptamos la condición dramática de pagar la injusta deuda anterior a costa de subdesarrollo y el hambre de nuestro pueblo.

Pero ese camino de subordinación a la economía extranjera, nos ha llevado al agotamiento de sus propias posibilidades. La crisis que hoy vivimos, no es una crisis dentro de la dependencia, es la crisis de la dependencia misma y solo puede tener una respuesta. La revolución democrática que nos haga más libres, más justos y más dueños del bienestar y esa revolución que aquí proclamamos será la independencia de nuestros intereses económicos.

Nuestra historia económica concluye en una situación de profundas injusticias, y a ellas se deben los problemas económicos que hoy sufrimos.

Primero, hay una injusticia regional que separa Lima, la ciudad y la costa, del resto del Perú olvidado. En Lima está el 80% de la industria, en Lima, no en los pueblos jóvenes que siguen siendo provincianos, sino en la

Lima de la riqueza y de las clases medias, está concentrado el Estado con sus servicios administrativos de educación y salud, pero a las 4.000 comunidades campesinas del Perú no ha llegado aún. Un rápido recuento del consumo eléctrico por persona, del número de médicos por habitante, de la inversión económica por puesto de trabajo, demuestra qué enorme distancia hay entre Lima, sus ciudades subsidiarias y el resto del Perú, provinciano, campesino y de los pueblos jóvenes.

De seguir así las cosas, ¿para quién producirá Lima en el futuro? Si cada vez es más pobre el país, Lima seguirá tugurizándose de provincianos. Esa es pues la injusticia regional originada en la propia conquista que arrancó el eje histórico del Perú de los Andes y lo trajo a Lima.

Pero hay una segunda dimensión de la injusticia, un divorcio económico de sectores; cuando analizamos el funcionamiento económico del país vemos que hay dos sectores claramente divididos.

De un lado, está la industria moderna que muchas veces solo ensambla productos extranjeros, la administración del Estado en todos sus sentidos y los servicios que nuestras clases medias brindan. Ese es el sector moderno, donde está el 85% de la inversión del Perú y solo trabaja el 38% de los peruanos. Pero al otro lado de la economía, está el sector marginado, la agricultura rural andina, con millones de comuneros y parcelarios, y ese otro grupo humano que algunos han llamado el sector informal urbano compuesto por desempleados, sub-empleados, habitantes casi siempre de los pueblos jóvenes. En este sector marginado trabaja o sobrevive el 62% de la población pero solo tiene el 15% de la inversión nacional. Cabe preguntarse para quién producirá la industria si las mayorías cada vez son más pobres. Qué administrará el Estado si no hay producción en el país. Vengo a decir que no habrá salida real mientras el Estado sea solo para la industria y la administración. No habrá revolución profunda hasta que el Estado llegue al comunero y al desempleado.

Déjenme, señores, rendir un homenaje al vendedor ambulante que es la expresión del Perú empobrecido. Vino huyendo de la miseria campesina de su provincia a buscar la tierra prometida y encontró solo la tuberculosis y la estera en medio de esa pobreza, mientras otros no lo comprenden; es un héroe moderno. Podría entregarse a la delincuencia, al crimen, podría llegar su impaciencia hasta la subversión criminal, pero quiere ganarse la vida dignamente y aunque la sociedad no le da trabajo, camina por las calles llevando su mercancía, como expresión de un pueblo honesto que quiere trabajo en igualdad y bienestar.

Pero la injusticia en el Perú no es solo entre regiones y entre los sectores del funcionamiento económico, es también una profunda injusticia social.

He hablado de una pirámide simbólica en cuya cúspide el 2% de la población obtiene los mayores ingresos mediante sus empresas monopólicas y gracias a la propiedad de los medios productivos. Muchas veces esa riqueza hecha con el esfuerzo del Perú, se ha logrado gracias al hambre de los peruanos, y lo que es peor, ha ido a engrosar cuentas bancarias en el extranjero dejando al Perú sin recursos.

Anuncio que en adelante las remesas de utilidades, muchas veces excesivas e injustas, serán revisadas y limitadas por el Estado.

Pero he dicho también que el Estado, para garantizar un modelo de dominación y para cautelar la riqueza de ese 2%, se ha convertido también en un instrumento de injusta concentración del ingreso, en una especie de colchón burocrático defensivo de los más poderosos y así se ha ido haciendo improductivo y centralista. Ha dado puestos de trabajo, pero más de los necesarios, a veces para pagar clientela electoral y en otros casos para crear núcleos de riqueza burocrática. Yo he mencionado el caso de una empresa pública en la cual apenas 11.000 empleados ganan 2 billones de soles, es decir más de lo que ganan 175.000 maestros y más de 50 veces lo que se destina a la corporación de Ayacucho. Debo señalar que las empresas e instituciones públicas en las que se comprueben esos excesos serán de inmediato reorganizadas.

Pero en ese camino el Estado ha ido endeudándose y endeudando al Perú y casi toda la deuda del Perú está en el 30% superior urbano, industrial y administrativo del país.

Pero abajo hay un 70% marginal agrícola y campesino, desempleado y ambulante, provinciano y de pueblos jóvenes. Para el heredero del Ayllu, para el ser humano de Uchuraccay, de Huaychao, de Jasana Grande y de otras 4.000 comunidades, villorios y parcelas, no hay estabilidad laboral ni salario, ni agua, ni luz, ni salud.

El Estado hasta ahora no es de él, porque hasta hoy, el Estado enriqueció a muy pocos y alcanzó a otros con escasos recursos en empleo, salud y servicio, pero fue ajeno a ese 70% del que yo pienso depende el futuro de la historia nacional. Debemos dar solución al conflicto social que enfrenta de un lado a quienes son dueños de los medios productivos más sus grupos subsidiarios públicos o privados y de otro lado, a los desheredados que son la inmensa mayoría.

Declaro, y este es mi compromiso, que desde hoy el Estado es de todos los peruanos y que si nadie ha hablado por los comuneros y desempleados, desde hoy el Estado hablará en nombre de ellos por el bien y la justicia.

Pero ante esta situación y estas desigualdades regionales, sectoriales y sociales, la crisis avanza y ante la economía paralizada, de todos los sectores parte una voz: hay que reactivar la economía peruana. Yo pregunto de qué reactivación se habla, de la reactivación de quienes están arriba en la pirámide social, en la administración o en la industria, como capitalistas o sindicalizados o por el contrario, hablamos de una reactivación que sea una revolución histórica en nuestro país.

Porque si se entiende exclusivamente por reactivación las medidas tradicionales de ayuda a los grupos superiores, al sector centralista y burocrático o a la propia industria limeña, solo ocasionaremos o la necesidad de comprar más productos extranjeros para que esta industria los ensamble o lo que es peor, una mayor inflación al distribuir arriba de la pirámide algo más de ingresos en sueldos o utilidades sin haber producido en la base alimentos que puedan comprarse con esos sueldos.

Ese no es entonces el camino, necesitamos una reactivación producti-

va y social, que está más allá de la economía centralista y moderna.

No niego que nuestra industria necesita defensa, pero digo que también requiere orientarse a la provincia y a la agricultura.

No niego que el empleado público ha visto mermados sus ingresos, pero digo que la administración pública debe descentralizarse y hacerse productiva, para no ser una pesada carga sobre el país.

Lo que vengo a afirmar es algo diferente, lo que el Perú necesita es una revolución democrática, una reestructuración histórica que reactive lo profundo, que desamordace las fuerzas sociales hasta hoy ignoradas.

Propongo impulsar la agricultura donde millones de peruanos viven como hace siglos para que esas tierras abandonadas, sin semillas, sin fertilizantes, sin tractores, tierras que se cultivan cada ocho años, produzcan los alimentos que ahora compramos en el extranjero. Esa es la reactivación social productiva. Propongo en segundo lugar que los cientos de miles de brazos desempleados y sub-empleados de los pueblos jóvenes tengan algún acceso al ingreso o al empleo. Esa será la reactivación social del consumo.

Y así cuando vinculemos en las bases de la sociedad la producción de la agricultura, con el consumo de los que ahora no pueden comer por falta de empleo, un Perú diferente se echará a andar y será entonces el mercado nacional al cual puedan llegar los productos de la industria limeña que poco a poco ahora se apaga por falta de compradores. Y entonces, la administración pública, la mayor parte de la cual está en Lima y que ahora aparece administrando un país inproductivo, tendrá explicación histórica de un país reactivado desde sus bases mismas.

Concluyendo, no ignoro a los industriales, ni a los obreros, ni a los empleados, ni a los profesionales; fiel a la ideología de mi partido creo por el contrario que las clases media, empleadas, pequeñas y medianas propietarias tienen una gran responsabilidad en la transformación.

Los invoco a comprender que el estado es hoy de unos pocos, pero que tiene que ser también de todos. Les hablo de los que están más allá de sus servicios, de quienes depende nuestro propio futuro. Les digo que tengan conciencia pues se requiere de un esfuerzo supremo para el cambio. Las dificultades de 150 años no se solucionan en pocos meses, pero que si no nos decidimos por el cambio la situación en poco tiempo será miles de veces peor, con más violencia, más recesión y más desempleo.

Un estado nacionalista para defender la soberanía económica de nuestra tierra, para defender nuestra industria ante la competencia desleal de las mercancías extranjeras y para dejar de ser un mercado abierto al exterior, un Estado nacionalista para defender la riqueza de nuestro país, terminando la derogatoria de la ley 23231, que establece el privilegio de las exoneraciones petroleras, dejando en claro que convocamos y requerimos del capital extranjero para tratar con él en condiciones concretas y de beneficio mutuo, pero para mantenernos como un país digno y libre, requerimos un Estado nacionalista, para defender a la nación de la estructura monopólica de algunas empresas cuya posición dominante en el mercado les permite excesivas ganancias.

Fundado en el propósito de la mejor distribución y la justicia social,

entrego al Congreso un proyecto de ley de restricción de las actividades monopólicas y anuncio que al más breve plazo impulsaremos la eficacia de la administración tributaria para que quienes deben contribuir con el desarrollo cumplan realmente. En cuanto se logre ese objetivo los ingresos del Estado no provendrán únicamente de la gasolina y los combustibles que gravan al pueblo.

Pido al Congreso legislar aumentando las sanciones por los delitos, evasión tributaria y soborno, y declaro que en adelante las amnistias económicas que perdonan la evasión quedarán desterradas pues el gobierno no puede ser cómplice de quien falta a su deber de peruanidad.

Creemos en la propiedad privada que se vincula con el bien común, creemos en la libre iniciativa creadora, rechazamos el igualitarismo democrático y el estatismo estéril, pero creemos que el abuso en la propiedad y el monopolio no son compatibles con un Estado de justicia.

Visible es el caso de los alimentos en el que acostumbrados al consumo de trigo extranjero, hemos dejado el histórico maíz que fue la base de nuestra sociedad. Ignoramos además el consumo de tubérculos, de cereales que el Perú produce. Hora es ya de aprender a consumir lo nuestro y a ese objetivo debe contribuir la agroindustria de manera decisiva. Visible es el caso de los productos medicinales que muchas veces cuestan 10 en el extranjero y se venden por 100 dentro del Perú. Esos abusos deben quedar proscritos, declaro que nadie en adelante se enriquecerá con el hambre o la enfermedad de mi pueblo.

Necesitamos que el Estado nacionalista revalorice su presencia en la moneda porque una divisa signo del capitalismo mundial ha inundado nuestra economía, dolarizándola.

Yo digo que renunciar a la moneda es renunciar a la soberanía y afirmo que en adelante la economía, los salarios, las ganancias, serán medidos en moneda nacional y no en moneda extranjera.

Para cumplir los fines de ese nuevo Estado creo que la educación será un instrumento fundamental. Debemos afirmar en nuestros niños la concepción solidaria y fraterna de ser todos por igual parte del mismo colectivo histórico. Debemos afirmar en ellos una perspectiva crítica y de creación, pero a la vez hacer que la educación sea vehículo descentralizador, vinculándola a las regiones y capacitación técnica para la producción.

Antes esos objetivos, la presencia del maestro deviene indispensable. Quiero por eso recordar al profesor, especialmente al provinciano que bajo un escaso salario cumple su apostolado y decirle que en el camino de la transformación que proponemos, será actor protagonista y podrá aspirar a la dignificación progresiva de su misión.

En segundo lugar, requerimos un Estado democrático que lo sea no solo por su origen electivo y por su respeto a la libertad de opinión y expresión, sino también por su papel de árbitro de la justicia, pero fundamentalmente por su nueva estructura organizativa.

He referido que como producto de la historia, el Estado se limita a asistir al 30% de la población, en la ciudad, la administración y la industria. Pensamos que el Estado debe ser el ejemplo mismo de la democracia des-

centralizando su propia organización, llegando hasta la comunidad y el villorio, hasta las esteras sin luz del pueblo joven.

Un rápido examen del aparato estatal demuestra como, por ejemplo, el Ministerio de Agricultura, que en todos sus sectores cuenta con 28.000 empleados, tiene mas del 50% de su burocracia en Lima, donde no está ni la agricultura ni el campesinado. Lo mismo ocurre con la banca promocional del Estado, agraria, minera y de vivienda. El Estado necesita descentralizarse y además dar cabida en los directorios de sus bancos y empresas a quienes representan a las fuerzas productivas. Así he instruido a los presidentes de la banca del Estado para incluir en sus directorios, representantes de las comunidades industriales, de las confederaciones agrarias, de las ligas sindicales.

Algunos me han dicho: por qué hacerlo si no son apristas. Y yo he respondido: mejor, porque allí está la prueba de que soy Presidente de todos los peruanos. Entrego por eso al Congreso el proyecto de ley de descentralización y microregionalización que llevará el Estado y sus servicios a todos los rincones del país del Perú.

Para explicar debidamente a qué llamamos gobierno democrático, permítaseme usar como tema la salud de los peruanos. La situación de la salud en el Perú es el reflejo de los diferentes niveles sociales y culturales de los distintos grupos.

Una de cada 2 muertes es la de un niño menor de 5 años por enfermedades que pudieron evitarse mediante programas de saneamiento e inmunización.

De cada 1.000 niños que nacen, 127 mueren antes de cumplir un año, mientras en América Latina, mueren 73. Pero el promedio nacional oculta la injusticia del centralismo limeño pues de cada 1.000 niños nacidos en Lima, mueren 57 antes de cumplir un año pero en Huancavelica mueren 275.

En otras palabras, cada 4 minutos muere en el Perú un niño menor de 2 años, y casi la mitad de ellos muere sin haber tenido la oportunidad de ingresar a un centro de atención médica.

En nuestra patria uno de cada 2 habitantes no tiene agua potable pero en el medio campesino solo uno de cada 7 tiene ese recurso y solo uno de cada 143 tiene un sistema sanitario.

La mitad de los niños en edad pre-escolar están desnutridos, 7 de cada 10 mujeres embarazadas o lactantes sufren de anemia nutricional.

¿Es esto acaso la democracia en que todos pensamos?

Sin embargo, en la actualidad, los recursos y el dinero destinados a la salud, solo consolidan esas diferencias y además se usan de manera ineficiente.

Nuestra administración es centralista y burocrática, el 40% del presupuesto del Ministerio de Salud, se usa en el nivel central y el 71% de sus gastos corrientes corresponde a remuneraciones y pensiones.

En Lima hay 8 veces más camas por población que en Cajamarca.

En Lima hay 54 veces más médicos por población que en Apurímac.

Así nuestro Estado es centralista y excluyente en la actualidad. Los recursos financieros y humanos se destinan a establecimientos de mayor com-

plejidad, pero no hay actividad preventiva o promocional para la causa de la mayoría de las muertes.

Nuestro país, en vez de grandes hospitales, que muchas veces se hacen con precios inflados, necesita obras sanitarias, vacunaciones y mejor alimentación. Democratización de la salud es la adecuación de los recursos a los grupos de mayor riesgo y urgencia a la nutrición materno-infantil, a la alimentación complementaria.

Democratización de la salud es hacer que el pueblo participe en la identificación de los problemas, en sus prioridades y en sus soluciones y no sea solo un beneficiario pasivo de servicios escasos.

Democratización es descentralizar los servicios de salud y hacer que el uso de los medicamentos hasta hoy monopolizado en su comercio y desordenado en su empleo, tenga la presencia del Estado y afirme para el pueblo los medicamentos esenciales en los que no debe haber especulación porque la muerte no debe ser motivo de riqueza para nadie.

Queremos así, en conclusión, que la salud vaya al pueblo y preferentemente al pueblo más necesitado.

Con el mismo sentido, democratizar la vivienda es apoyar la iniciativa privada para la construcción, pero también hacer que el Estado llegue con su crédito al hombre pobre que autoconstruye su casa.

Hacer que el Estado no sólo apoye lo que con léxico medieval llamamos material noble, sino que reconozca como noble también el esfuerzo del adobe y la madera. Hacer que el Estado no construya para un sector social, sino que llegue hasta la esfera que no tiene ni obras sanitarias ni energía, pero en la que la población comprueba su esfuerzo trabajando.

En otro ámbito, la democratización también debe serlo del trabajo como derecho del ciudadano al pan nuestro de cada día. Y en esta situación de tanto desempleo, el Estado debe ser fuente, no de puestos burocráticos o improductivos, sino generador masivo de trabajo para quien no lo tiene, y debe hacerlo tanto directamente como apoyando a la pequeña industria que es la que más empleo concentra, pero a la cual el crédito y la ayuda del Estado no han llegado.

La democratización debe darse también en la aplicación de la justicia. De 22.000 presos, solo 7.000 cumplen condena, los 15.000 restantes son solo inculcados, muchas veces sospechosos, que sin dinero para defensa o abogados ven truncada su vida por un delito menor.

Yo espero que el futuro Ministro de Justicia coordine con el poder judicial y que éste a su vez, imponga mayor celeridad a los procesos porque la lentitud burocrática no debe ser pretexto para mutilar la vida a un ciudadano. Y pido además a la suprema instancia de la justicia lo que es solo un clamor de todos los ciudadanos.

Han de ser los jueces los más ejemplarmente honestos y sus secretarios y escribanos han de ser siempre ajenos a la tentación del soborno y la coima.

Estoy seguro que el poder judicial, por sí mismo, instruirá los medios por los que sumarse a la campaña nacional de moralización, desprendiéndose y sancionando a quienes desde dentro atentan contra su prestigio.

Y anuncio, que a la vista de la mucha lentitud por la que inculpados por primera vez y por delitos menores llenan las cárceles, a la vista de mujeres sentenciadas que cumplen su condena, algunas de ellas hasta con 8 hijos en una estrecha celda, anuncio nuestro propósito de hacer que las sentencias no se extiendan a los niños.

Anuncio nuestra voluntad para despenalizar los delitos menores por los que quien comete a veces una falta, tras su paso de largo tiempo en la cárcel, queda marcado y educado por siempre como delincuente y pido para ello nuestra voluntad de los legisladores.

Fiel al propósito de hacer democrática la justicia, anuncio que, acogiéndome a las atribuciones presidenciales, concederé un amplio indulto que restituya muchísimos peruanos a la vida digna.

Pero anuncio también, en contrapartida, que la campaña de moralización deberá poner en prisión a quienes, cuando funcionarios, usaron de su cargo para adueñarse de los dineros del pueblo porque en delante el enriquecimiento ilícito y el soborno serán delitos mayores en el Perú.

Gobierno democrático es, en suma, el que democratiza el arte y la cultura, recogiendo la creación artística de los pueblos y llevando hasta ellos las formas musicales, pictóricas y poéticas que no serán ya ejercicio de desigualdad ni privilegio de una élite.

Gobierno democrático será el de la participación de las organizaciones populares de base como apoyo a la acción del Estado, los comedores cooperativos de las madres en los pueblos jóvenes, que compran y cocinan en conjunto para mejorar los precios y la ración; los comedores son un gran ejemplo de la capacidad cooperativa y solidaria del pueblo. A ella debemos apelar para que las federaciones de clubes de madres, vendedores ambulantes y pobladores puedan ser ellos mismos sujeto y apoyo del bienestar.

Esto, además, porque el gobierno no se presenta ante el pueblo en esta crisis a prometer lo que después no pueda cumplir, sino que puede y exige al pueblo organizarse para utilizar de manera más racional los escasos recursos con los que esta situación nos deja.

Como alguien antes ya lo hizo, diré que no vengo a decir lo que haré sino a preguntarle a mi pueblo que hará él por su gobierno, por su destino, por su justicia y su libertad.

Esa es pues la concepción de un Estado nacionalista, democrático y popular que ofrecí en la campaña y que ahora ratifico en esta alta tribuna. Esa es pues la concesión de un nuevo Estado identificado con las mayorías nacionales y convoco a todos los peruanos al esfuerzo para construirlo. Esta no es la hora de un partido político, esta es la hora de la peruanidad en su conjunto. Pues en la encrucijada de la crisis, la violencia y la muerte, reclamo de los peruanos un esfuerzo decisivo para ponernos en pie y marchar.

Convoco a todos los sectores sociales, a los que hasta hoy han tenido, para que comprendan las restricciones que impone la solidaridad y a los que nada tienen, ni empleo, para que recuperen la esperanza. Los convoco a trabajar a todos para pasar de un Estado especulativo a ser un Estado productivo, pero productivo no solo de bienes materiales sino de fe y de futuro con justicia social.

Y en este punto quisiera ratificar que este gobierno ha de ser un gobierno de todos los peruanos. Convoco y solicito a todos los partidos a encontrar entre sí, no la discrepancia personal o la rivalidad, sino a sumar coincidencias en los temas de la crisis cuya gravedad exige no una respuesta partidaria, sino una respuesta nacional.

Ajenos al odio o a la venganza decimos otra vez que solo tenemos por enemigos a la miseria, a la injusticia y al dolor.

Pero el Estado popular, debe dar respuesta a los más inmediatos y graves problemas que sufre el país. A la deuda externa, a la inflación, a la recesión, a la subversión, al desorden y a la inmoralidad.

El primer y gran tema es el de la deuda externa. Ella expresa en nuestro concepto, que la relación entre los pobres y los ricos de la tierra es producto del intercambio desigual de nuestras materias primas y los productos industriales de los pueblos más ricos. Es producto también de la sobrevaluación del dólar como moneda en relación a otras monedas. Se ha agravado por el alza arbitraria e injusta de los intereses que multiplican la deuda y lo que es peor, se agudiza por el proteccionismo de las naciones que ahora se niegan a comprar nuestras materias primas.

De nuestro lado, hay que aceptar que esa deuda ha sido en muchos casos usada para un gasto irresponsable, para inversiones no reproductivas y casi exclusivamente para el 30% de nuestra población, enriqueciendo a muy pocos y favoreciendo con importaciones extranjeras a otros o permitiendo al Estado ampliar su administración improductiva.

Esa es la parte de responsabilidad que en la continuidad de lo que es el Perú nos toca asumir, porque si debemos denunciar los injustos orígenes de la deuda, debemos aceptar también que como pueblo, no hemos tenido la fuerza o el coraje suficiente para cambiar el sentido de nuestra historia. No hemos logrado concretar nuestra unión para un proyecto nacional, y nos han dominado muchas veces intereses subalternos, apoyados desde el exterior.

Por eso, a los organismos de control financiero internacional que ahora intentan regimentar nuestra economía hablando de austeridad, de reducción de gastos, nosotros les decimos que fueron cómplices en el dispendio y uso improductivo de esos recursos, que fueron cómplices en el decenio pasado en la inyección de créditos improductivos cuando así convenía a la banca internacional, y entonces no usaban de la teoría de la austeridad del Estado; por el contrario, en alianza irresponsable alentaron el centralismo improductivo. Por eso hoy el Perú debe 14.000 millones de dólares, y en este año de 1985, deberá pagar 3.700, mientras sus exportaciones solo alcanzan a 3.000 millones. Esa es la situación que recibimos.

Quiero con el permiso del Congreso y nuestros ilustres visitantes, enunciar algunos conceptos esenciales sobre este tema trascendental.

Primero, queremos pagar porque somos honestos y aunque conocedores de la injusticia de esa deuda, asumimos nuestra responsabilidad de pueblo que se pone en pie para reconocer sus propios errores.

Segundo, afirmamos que la solución histórica y definitiva de este problema, está en el trato político que deberá hacer América Latina unida.

América Latina, cuyas partes nacionales han corrido igual suerte y hoy sufren similar destino. América Latina que unida podrá lograr que los países ricos reconozcan su cuota de culpa en esta crisis y reconozcan su deber de asumir menores intereses, mayores plazos y la defensa de los precios de nuestras exportaciones.

Pienso que de la crisis de la deuda que ensombrece nuestras economías nacerá la unión trascendental e histórica que pondrá las bases de la América Latina integrada que será el gran escenario del siglo venidero para la democracia y el socialismo. Por ello, afirmamos nuestra participación y apoyo al consenso de Cartagena como un paso decisivo para la acción.

Pero es preciso definir que el conflicto de la deuda expresa la contradicción de los ricos y los pobres. Es un conflicto entre el Sur pobre del que forma parte nuestra América y el Norte industrial, imperialista y financiero.

No es, como algunos han creído, un conflicto entre el Este y el Oeste. No es un conflicto bipolar de las 2 hegemonías. Es, como dije, el antagonismo mismo de nuestra dependencia, porque nos endeudamos comprando productos de los países más ricos, nos endeudamos para pagar deudas anteriores o para iniciar obras no productivas y ahora se nos exige un pago muy difícil y, en estas condiciones, imposible.

Pero es un conflicto entre el Norte y el Sur, y no un tema que enfrente al Este y al Oeste, y por ello la respuesta debe nacer de la propia América Latina, sin el consejo de quienes hablan desde fuera de ella y no comparten sus problemas. La legitimidad histórica, fuerza de nuestra respuesta ante la deuda, depende de que nazca de nosotros mismos.

Lucharemos por la unión de América, apoyando iniciativas como el consenso de Cartagena, pero apoyaremos no solo con palabras, sino buscando con el ejemplo de la acción abrir las anchas alamedas de la dignidad y la igualdad internacional.

En tercer lugar reafirmamos nuestra propuesta: queremos tratar con las naciones y los bancos acreedores, queremos que conozcan nuestra realidad, nuestra voluntad de reactivar la economía, sin cuya condición no podremos honrar nuestras responsabilidades, pero queremos hablar sin intermediarios, por ello al tratar el tema de la deuda externa, no aceptaremos imposiciones de política económica. El Presidente Alan García, que me oigan los pueblos del mundo, sabe que el Perú, tiene un gran y primer acreedor: su propio pueblo, al cual este gobierno destinará los recursos necesarios para la reconstrucción de su destino.

En esta hora de dificultad y austeridad propondremos una política de esfuerzos por algún tiempo, pero esa política no será impuesta por el Fondo Económico y el Fondo Monetario Internacional como hasta hoy, ni los sacrificios serán para beneficiar a algunos pocos, sino para el futuro de la inmensa mayoría nacional. Anuncio, porque es mi deber, que pondremos en marcha un duro programa económico de gobierno que ordena la economía hacia la transformación revolucionaria, pero advierto y afirmo desde aquí

que todo puede negociarse menos la soberanía económica y el destino político de mi pueblo.

En cuarto lugar, fiel a mi promesa electoral, que suscribiera con sus votos más del 80% del electorado, repito que hay una deuda interna muy grande que pagar y que primero haremos un gran esfuerzo para con ella. Eso no significa que ignoremos nuestras responsabilidades a acreedores externos; buscamos pagar en mejores condiciones y actuando unidos a otros países, pero en tanto se logre la unión de América. Sobre este tema y desde una posición realista ante el mundo con el que nos mantendremos unidos, recogiendo la necesidad de pasar de las palabras a la acción, recogiendo el espíritu de Cartagena, anuncio que dialogaremos con nuestros acreedores sin usar de intermediario al Fondo Monetario Internacional, pero que en los próximos 12 meses y mientras las situaciones no cambien, solo destinaremos al servicio de la deuda externa el 10% del valor total de nuestras exportaciones y no el 60% como ahora se nos exige.

Reivindico así la soberanía económica de mi patria, reivindico así los derechos de los pueblos a conducir su destino. Sin la intermediación odiosa de organismos que solo sirven al gran interés internacional.

Se que como toda decisión histórica, esta acarreará dificultades inmediatas, quizás muy grandes, pero le digo a mi pueblo que por el camino en que vamos hasta hoy, si no tomamos decisiones, las consecuencias serán peores; cuando las circunstancias cambien, cuando los países más ricos respeten un nivel justo de intercambio y el valor de nuestro trabajo, cuando nuestra plata, nuestro cobre, nuestra harina de pescado y los productos no tradicionales recuperen su valor comparativo frente a los productos tecnológicos industriales, cuando los intereses del capital no aumenten solo para solucionar el déficit nacional de los grandes acreedores, cuando no se intenten limitar el volumen productivo de nuestras materias primas, cuando no se cierren los mercados a nuestra producción, entonces consideremos que las circunstancias han cambiado y nuestro país tendrá más recursos para cumplir sus obligaciones. Hasta entonces, la situación de emergencia nos impone primero el deber de reactivar la economía. Confío en el diálogo y la comprensión de nuestros acreedores y aprovecho para iniciarlo en la presencia de los representantes de nuestros países acreedores. Confío además en mi pueblo para afrontar cualquier amenaza y para soportar restricciones pasajeras sabiendo que los sacrificios no son para mantener la injusticia sino para abrir el camino de una democracia diferente.

El segundo y gran problema que se nos plantea ahora es el de la inflación o aumento de precios. Es este el impuesto a los más pobres porque los que nada tienen o apenas tienen su salario, no pueden defenderse de la inflación comprando inmuebles o divisas extranjeras.

Justo es decir que la inflación no es solo culpa de un gobierno. Es como dije antes, una inflación histórica, hecha por la injusticia y la dependencia. En primer término, porque habiendo abandonado la agricultura no tenemos alimentos, ni pescado de consumo humano. El Estado prefirió apoyar las ganancias transnacionales, la industria ensambladora de Lima y el crecimiento de la burocracia, pero olvidó la agricultura y el campesinado. En-

tonces los alimentos son cada vez más escasos y aumenta cada vez más su precio. En segundo lugar, al no producirse internamente importamos del extranjero todo el trigo para el pan, los fideos, gran parte de la leche, el maíz, el aceite, y otros productos de la canasta familiar. Pero esos productos se compran en dólares y los dólares cuestan cada vez más, porque nuestra economía improductiva vale cada vez menos. Por esa razón, también aumentan los precios.

Nosotros planteamos cambiar el consumo de productos importados por el consumo nacional histórico como el maíz, la papa, el arroz, reactivando la tierra y mientras tanto, mientras esos alimentos se llegan a producir en nuestro país, planteamos aprovechar mejor el trigo extranjero por el consumo de la harina integral y del pan de mayor tamaño y menor precio de fabricación.

Pero en tercer lugar, la inflación no es solo producto de la insuficiencia productiva o de la importación de alimentos, también es originada por el sistema monopólico de producción y monopolización de ciertos recursos. Pocas empresas importan y producen la harina, el aceite y la leche, pero esas empresas mantienen altas tasas de ganancia mientras el país que se alimenta de esos productos tiene cada vez peores ingresos.

Yo digo que si el aumento de los precios disminuye, el poder de los salarios del pueblo no debe ser para mantener ni aumentar tasas de ganancias abusivas. Al igual que el gobierno se plantea proteger al pueblo por la ley de control de monopolios, también por la regulación realista de los precios de la canasta familiar se buscará en medio de la crisis que si faltan otras cosas, por lo menos el alimento no falte a los peruanos.

Este es el mayor problema que confrontamos pues tenemos paralizada gran parte de la agricultura y necesitamos comprar por un tiempo alimentos del extranjero a precios altos. Planteamos por eso una prudente regulación de precios que no ahogue la producción y mantener algunos subsidios no de manera indiscriminada, sino para que quienes ahora viven real y profunda miseria se beneficien directamente de ellos. De otro lado, debemos defender el ingreso de los más débiles ante el avance de los precios. Y en la más inmediata prioridad estarán los campesinos, los desempleados y subempleados, mediante políticas de asistencia directa y complementación alimentaria. Preocupación nuestra serán además quienes trabajan en el nivel del salario mínimo, aproximadamente 1.200.000 peruanos, que apenas ganan 350.000 soles, es decir, entre 28 y 30 dólares. Y puesto que la democracia comienza por los más pobres, anuncio nuestra decisión de mejorar sus ingresos reales de manera inmediata. Obtendremos así de manera progresiva el reclamo de los sectores productivos, pero pedimos al país solidaridad y comprensión ante la crisis que heredamos.

Pero eso plantea un tercer problema. ¿Como responderemos a la recesión? Es decir, a la paralización y al retroceso productivo del Perú. En primer lugar, tenemos a la vista la industria agotada por su estructura limeña que la separa del Perú, industria limeña que carece por consecuencia de un mercado de consumo, pero que además ha sido abrumada por una política aperturista y neo-liberal que, favoreciendo el ingreso de mercancías ex-

tranjeras, ha determinado su paralización. En segundo lugar, tenemos a la vista una agricultura deprimida e improductiva, tanto más pobre cuanto más productos alimenticios ingresan del exterior.

¿De dónde pues obtener los recursos necesarios?

Afirmamos en el curso de la campaña la necesidad de un esfuerzo interno que sustituya al endeudamiento externo ahora cerrado para el Perú, un esfuerzo interno que garantizando el ahorro de los peruanos, busque dar a los intereses pasivos un nivel positivo frente a la inflación y que de esta manera afirme la moneda nacional y sustituya la dolarización forzada de nuestra economía. En esta situación de emergencia, se hace imperativo controlar nuestras transacciones con el exterior restringiendo el uso de la escasa moneda extranjera a las necesidades indispensables del país y sus mayorías. Por tal razón, reafirmando la necesidad de respetar a quienes prefirieron el ahorro interno en vez de colocar en forma traicionera divisas en cuentas extranjeras, ratifico que mantendremos el poder adquisitivo de esos ahorros dándoles un valor positivo, en el marco de una política económica de emergencia en la que los propósitos de transformación y justicia deberán conciliarse con las restricciones que esta situación de guerra comercial y económica nos plantean.

Afirmamos además la seguridad de las reglas de inversión de capital nacional y extranjero beneficiando más la inversión que dé más puestos de trabajo, que tienda a la descentralización y que use menos componentes importados. Para esos efectos, he instruido a los responsables de los ministerios correspondientes para que realicen diálogos tendientes a garantizar ese clima de confianza.

Tal como lo prometíamos en la campaña electoral, restringiremos las importaciones a lo indispensable, evitando el ingreso de mercaderías suntuarias o prescindibles a fin de proteger así a nuestra industria fortaleciendo además su competitividad exportadora mediante los estímulos necesarios pero sin que ello signifique el abuso en la existencia de un mercado cerrado.

A este respecto quiero decir que el reclamo de los industriales y empresarios debe ser escuchado, pero reclamo de ellos también saber renunciar en beneficio de los más pobres a las ganancias que no sean necesarias para sus operaciones y reinversiones realmente productivas.

Es sabido que en medio de la crisis bajó la participación de los salarios en el conjunto de la economía nacional, pero sin embargo subió la participación de las utilidades de la empresa. Yo digo a quienes tienen responsabilidades empresariales que en esta guerra contra la miseria y contra la crisis, debemos entender una solidaridad sin privilegios en donde todos asumamos nuestra cuota de sacrificio, especialmente los que más tienen.

En cuanto a los trabajadores, requerimos aumentar la producción en un clima de estabilidad que nos permita superar los más duros tiempos de esta crisis, sabiendo que el costo de la crisis no caerá solamente como hasta hoy sobre las espaldas del pueblo sin empleo que es el que más sufre, el trabajador sindicalizado, sino que todos los peruanos haremos frente a la situación.

El trabajo debe realizarse en un clima de estabilidad para el cual cum-

plo con presentar como en el anterior parlamento lo hice, el proyecto de ley de estabilidad laboral con un período de prueba de 3 meses en el que el soberano Congreso estoy seguro señalará con precisión las causales de rescisión por las cuales la estabilidad no se entienda por abuso del derecho como improductividad ociosa o indisciplina.

Así como el Estado lucha contra los monopolios y por la mejor distribución del ingreso nacional entre los peruanos, así también es consciente de que solo 35 de cada 100 peruanos en edad de trabajar, tienen un trabajo estable y que, por consiguiente, por cada empleado que incumple sus funciones o no trabaja de manera eficaz, hay 2 peruanos carentes de salario que estarían dispuestos a ocupar su sitio.

Pero la recesión no es solo en la industria urbana, la recesión histórica se da en la agricultura que requiere un Estado descentralista el que, de acuerdo al proyecto presentado, llegue hasta el último rincón de nuestra agricultura, llevando el crédito por pequeño que sea, las semillas mejoradas, los fertilizantes, las maquinarias de las que el 90% de nuestra agricultura carece, que ayude a su comercialización, frente al abuso especulativo. Y que a la vez, como Estado nacionalista, promueva el consumo de alimentos nacionales dejando poco a poco el coloniaje alimentario.

Reitero que en la tierra está la base histórica del nuevo Perú. Un Perú nacionalista, ajeno a la importación de alimentos. Un Perú descentralista, productivo, que eche las bases del gran mercado nacional de futuro. Así, en la tierra el Perú reencontrará su historia y el Estado se identificará con el pueblo. Presento ante el Congreso el proyecto de ley de desarrollo agrario y reforma alimentaria para cuyos artículos espero el Congreso de su aprobación.

En el plano pesquero, debo anunciar que la utilización irracional de nuestro mar como fuente de riqueza de otras naciones ha terminado. Dije en el curso de la campaña electoral y repito que de cada 100 kilos de pescado extraído del mar, solo uno sirvió de alimento a los peruanos, que lo demás convertido en harina fue vendido al extranjero y que en consecuencia, siendo el primer país pesquero, mientras Japón consume 67 kilos de pescado por persona al año, en nuestro país hemos llegado a consumir solo 10 kilos y en algunos departamentos como Ayacucho, solo 1 kilo de pescado por persona al año.

Nuestro objetivo es dejar atrás la pesca como recurso industrial de harina, nuestro objetivo es que ella sea la base del inmediato alimento de los peruanos, por eso he instruído al Ministro de pesquería que inicie de inmediato la orientación de nuestra pesca hacia el congelado y la conserva reduciendo los costos arancelarios y los impuestos al latón para que este sea el recurso inmediato para nuestro pueblo.

Las empresas pesqueras deberán orientarse antes que a la harina al alimento popular para legitimar democráticamente sus actividades.

De igual manera, la minería, soporte fundamental de nuestra economía, contará con el apoyo del Estado, especialmente en la de pequeña dimensión, con una legislación estable y una administración moral. Y en este campo como en otro, en la medida y el tiempo en que la crisis actual lo per-

mita, buscaremos dar a la actividad productiva la rentabilidad que hasta ahora solo ha tenido la especulación.

Un cuarto tema esencial al momento es el de la subversión que asola nuestro país con inseguridad y muerte; sobre ella mucho se ha dicho. Los unos que tiene por única causa la miseria, los otros que tienen por único origen la ayuda extranjera. Digo que ni unos ni otros tienen razón porque hay que diferenciar muy claramente el justo y secular reclamo de los condenados de la tierra comunera y campesina, de aquellos que cometen o son cómplices de crímenes de una ideología dogmática y totalitaria. El primero, como reclamo histórico, lo asumimos. A los segundos, los repudiamos y sancionamos.

En nombre de un Estado popular, en nombre de un Estado que sin temor llamo revolucionario, identificado con quienes sufren la miseria en nombre de un Estado de transformación descentralista, afirmo que la democracia tiene que ser autoridad y energía y que no puede permitir la subversión y mucho menos la muerte, porque frente al terrorismo, cualquiera sea su origen o inspiración, de derechas o de izquierdas, no daremos ni un paso atrás. Los grupos subversivos que quitan la vida, destruyen el patrimonio o siembran el terror no tendrán del gobierno más consideraciones que aquellas a las que nos obliga nuestro credo democrático y nuestra fe cristiana.

No aceptamos que en el sistema democrático se use la muerte como instrumento. La prueba es que en la propia democracia puede alcanzarse la justicia social; es nuestra presencia aquí para luchar por el pueblo y la justicia. La ley será aplicada con severidad también para quienes violen los derechos humanos mediante la muerte, las ejecuciones extrajudiciales y la tortura, y por abuso de su función, pues para luchar contra la barbarie, no es preciso caer en la barbarie. Conocemos sin embargo la existencia de muchos inocentes injustamente acusados de terrorismo y anuncio que sin merma de su independencia, constituiremos de inmediato una comisión de paz integrada por juristas, instituciones de derechos humanos y grupos políticos.

Ella tendrá una doble misión: primero, examinar la condición de quienes se consideren inocentes y proponer a los poderes públicos una solución inmediata para que se distinga claramente lo que es el terrorismo como acción o complicidad de los que deben calificarse como delitos políticos, por lo que militantes de partidos democráticos están en prisión injustamente acusados de terrorismo. Y en segundo lugar, la comisión deberá tender los puentes de invocación y diálogo para persuadir a los equivocados a retornar a la democracia. Sujetos a sus propuestas y conclusiones y cuando las condiciones se den, estaremos dispuestos a considerar acciones de gracia, perdón y amnistía para quienes hayan cometido realmente el delito de terrorismo, usando el Estado instrumentos que ayuden al entendimiento de los peruanos.

Pero en nombre de ese Estado, debemos conformar un quinto problema que es el del orden nacional y el retorno al principio de autoridad.

Ningún proyecto histórico puede convivir con el desorden y el caos en los que la ley de la fuerza hace vencer al que la tiene. Al hacer una diagnosis histórica, al señalar las prioridades necesarias y al decir la verdad de una crisis cuyos efectos más dramáticos todavía se sentirán, somos conscien-

tes que es necesario cumplir los objetivos propuestos aun a riesgo de impopularidad en algunos sectores, pues de no hacerlo así, con un esfuerzo, la situación en breve plazo será peor.

El voto popular debe ser hecho respetar por la aplicación a la vez serena y severa de la ley.

Y si quienes ven cesar sus privilegios promueven su injusta defensa con la subversión del orden económico, y si quienes no quieren entender, caen en la agitación, el orden del Estado sabrá sancionarlos aplicando la disciplina legal con firmeza y energía.

Cuando se habla en nombre de la ley, en nombre de la justicia y de la inmensa mayoría y cuando se habla en nombre de la revolución, no puede haber una conducta trémula que propicie el desorden, sino una firme decisión que haga más claro el camino.

Pero el orden nacional como ya he dicho, no puede convivir con la corrupción ni ser el orden de la inmoralidad.

A mi propuesta anterior de la doble pena para los funcionarios públicos y de la reorganización de las instituciones policiales, quisiera añadir otra.

Una lacra histórica amenaza a nuestro país. Es el narcotráfico, con cuya tentación de súbita riqueza, se corrompen las conciencias y se destruyen las instituciones. Nuestro país y otros, no pueden ser identificados en el orden internacional como exportadores de veneno.

Propongo al hermano Presidente de Colombia, el fortalecimiento del acuerdo internacional que permita la coordinación de nuestra labor policial para erradicar definitivamente el narcotráfico y al igual que en otros temas, digo que la moralización ha de ser democrática porque solo con la participación ciudadana podremos abolir de nuestra tierra para siempre la corrupción.

En el plano internacional, reivindicamos la esencia integracionista del Aprismo de Haya de La Torre, como un instrumento de defensa de nuestras naciones contra el hegemonismo imperialista.

Afirmamos el principio de la soberanía y la libre determinación de los pueblos, pero somos conscientes que la integración es la única respuesta a la crisis, pues si no nos integramos nos insertamos aun más en las tendencias negativas de la economía mundial. Y en esa línea, nos proponemos defender y afirmar el Acuerdo Subregional Andino como un paso decisivo que no puede ni debe tener retroceso. En más de 10 veces el comercio subregional, y hoy esos avances se ven recortados, no debemos considerar que ello se deba a lo inviable del acuerdo sino que es consecuencia de los efectos y el abuso de los países más ricos y de la crisis mundial en nuestras economías.

Nos toca entonces avanzar, sin delegar esa voluntad a criterios tecnocráticos, reivindicando la integración como una decisión política. Esa es la lección de la gesta emancipadora.

Si todos reclamamos que el tema de la deuda externa no debe entenderse aisladamente y afirmamos la necesidad de un diálogo político con igual argumento, deberemos comprender que la integración más que un trato de intercambios técnicos es una responsabilidad directa de los conductores políticos de nuestra subregión.

Pero al mismo tiempo que el Pacto Andino y la integración latinoamericana, como gran proyecto debemos rescatar nuestra posición de país no alineado y nuestra vocación de actuar con mayor decisión y protagonismo en el conjunto de naciones que bajo ese título afirman su voluntad de ser ajenos al conflicto de las superpotencias.

Invocamos a las naciones industriales de Europa a considerar cuantos intereses comunes tienen con nuestros pueblos, pues ellas también corren el peligro de ser escenario de los conflictos de las superpotencias y, en el plano económico, dominadas por las decisiones de los más poderosos.

Afirmamos nuestra vocación solidaria con los pueblos, grupos étnicos y las clases sociales que en la tierra luchan por su libertad, ratificando nuestra decisión de establecer los más sólidos lazos con los países árabes y del Africa y con el Asia a la que nos acerca con el próximo siglo XXI el *Mare Nostrum* de entonces que es el Océano Pacífico.

Ratificamos que nuestra voluntad política dentro del pluralismo ideológico es de solidaridad y apoyo incondicional para los pueblos que en el mundo sufren de amenaza de uno u otro imperialismo, y nuestra decisión en América es lograr que a ninguno de nuestros países se trasladen las fronteras ideológicas o militares de las grandes potencias. Y así como el Perú entero estuvo de pie aliado de la fraterna Argentina en el conflicto de las Malvinas, así también, América entera debe estar de pie para sumar su voluntad al ejemplo y a la acción de paz del grupo Contadora, que nosotros apoyamos en resguardo a la soberanía latinoamericana que juega su destino en Centroamérica y Nicaragua.

Ajenos hoy al grupo de Contadora, quizás limitados de ingresar en él, para poner en él el apoyo de todo nuestro esfuerzo por la causa de la soberanía continental que en esta región debe definirse, propongo a los hermanos Presidentes de América Latina la constitución de un frente de países latinoamericanos que apoye al grupo de Contadora.

No podemos en el plano internacional dejar de plantear también un espinoso asunto. Nuestros países empobrecidos recelan los unos de los otros como si una mano oculta agitara sus divisiones para impedir su unidad. Nuestros países en crisis casi todos continúan su carrera armamentista acopiando recursos de muerte los unos contra los otros.

Esta es una forma de encarar irresponsablemente la historia y la responsabilidad de cambiar ese destino está en manos de los conductores políticos del continente.

Esta realidad solo beneficia en verdad a unos países comerciantes de la muerte y a sus intermediarios, esos pertenecientes a la negra profesión en el tráfico de armas.

Por creer que la nación, su historia y su bandera, tiene su asiento corporal en el pueblo, en su mayoría necesitada y urgida, creemos que mejor destino tendrán nuestros escasos recursos en la reactivación de nuestra economía y en el bienestar de nuestros pueblos, garantizando así la defensa integral de nuestra población y nuestro territorio por nuestro bienestar. Por eso como otros gobernantes lo han hecho, invoco la necesidad de un acuerdo regional para la reducción de los gastos de armas y para el congelamiento

to de sus adquisiciones, recogiendo así el espíritu de la Declaración de Ayacucho firmada en 1974.

Como creo que, al igual que en el tema de la deuda es necesario pasar de las palabras y los buenos propósitos a las acciones y a los ejemplos, anuncio, fiel a ese propósito, anuncio a los pueblos del mundo nuestra decisión de reducir sustancialmente las compras de material bélico comenzando por el recorte de número de aviones Mirage cuya compra actualmente está en trámite. Creo que más allá de los recelos, quienes debemos gobernar América y quienes respondemos por sus principales instituciones, debemos ser conscientes de que el futuro nos ordena no mirar como adversarios, sino hacer la justicia y la paz de nuestros pueblos. No somos enemigos unos de otros, tenemos un enemigo común que ha penetrado nuestra historia y nuestras fronteras con miseria, con dominación y con injusticia.

Presidentes de América Latina: son nuestros pueblos al cabo parte de una gran realidad: cholos, gauchos, llaneros, rotos, como nos llamemos, somos solo latinoamericanos y en la hora presente somos la expresión vital de los pobres en la tierra.

Nuestros países han seguido con mayor o menor paralelo la misma y trágica historia, la subordinación y la injusticia.

Hemos sido después países en vías de industrialización según se dijo, comprando maquinarias y endeudándonos por ellos. Hoy somos por separado países deudores, nuestras economías están abiertas a fuerza de imposición, pero de nosotros depende ahora que América Latina entre en escena, se eleve a la conciencia histórica y culmine 150 años después su gesta emancipadora.

Yo sé que hoy o mañana nos juntaremos para ser ajenos a todo imperialismo, para intercambiar nuestros productos, nuestras culturas y nuestros pueblos, para afirmarnos en un gran mercado de bienestar. Ese mandato no es solo voluntario, viene del futuro como del futuro viene la revolución y la injusticia se lee en un mañana inexorable. ¿Por qué entonces, hermanos presidentes, hacer perder tanto tiempo a la historia, por qué dejar a nuestros pueblos aislados; por qué mirarnos con recelo; por qué abandonarnos solos al imperio de los más ricos, por qué tener temor reverencial de los que ahora mandan?

Unámonos, hermanos, para ser leales a nuestros pueblos y así habremos traído el futuro al presente y habremos echado las bases en nuestros pueblos de la auténtica, profunda y duradera justicia social.

Hasta ahora solo nos hemos juntado los gobernantes de América Latina al llamado de los mandatarios del más rico e imperialista país de la tierra. Nunca nos hemos juntado por nuestra propia voluntad; solo hemos corrido al escuchar el llamado y la convocatoria de quienes se sienten dueños de este hemisferio. Nos toca tomar la decisión de hacerlo con nosotros mismos sin el protagonismo individual que aturde y divide y juntarnos porque el verdadero horizonte de la democracia y el socialismo en libertad estará en nuestra unión.

Esta es nuestra responsabilidad y somos responsables por cada minuto, por cada hora, por cada segundo, por cada hombre, mujer o niño muerto de hambre en un continente que tiene en sus manos la clave de su futuro.

Me adelanto en esa aspiración pidiendo a nuestro hermano Presidente de Panamá que, actualizando el viejo sueño de Bolívar, nos convoque a su

patria pues quizás allí el destino nos aguarde como latinoamericanos. Que nos convoque como hace siglo y medio hombres de nuestras tierras se juntaron en un congreso anfiteórico cuya página final resta por escribirse y entonces tal vez, juntos veremos hacerse la aurora y echaremos las bases de la gran Indoamérica libre y unida.

Pueblo del Perú, Perú de la vieja lengua y larga espera, pueblo que sufre la injusticia y el dolor, pueblo ignorado por los Estados, los poderosos, los más ricos, pueblo sujeto a mil esclavitudes, en verdad te digo que vamos aún a caminar el árido desierto de la prueba histórica pero yo estaré a tu lado como un soldado más, como un trabajador más, como un ambulante más, quizás como un muerto más. Sufriremos muchas dificultades, los efectos de la crisis los sentiremos, pero es quizás esta una prueba necesaria, una prueba del destino para comprobar que somos capaces de poner fin a la dominación, a la inseguridad, a la miseria y la injusticia.

Pueblo del Perú, hablo también en nombre de los viejos héroes y las vastas multitudes, hablo en nombre de quien no está aquí pero me señaló el camino. Llegaremos nosotros y en nuestros hijos, te digo, a esa tierra prometida, a la conquista del pan nuestro y la libertad.

Recordaba hace algunos días, al recibir las credenciales, cuánto podemos aprender del evangelio de nuestra fe, y en el de San Mateo, la aparición de Cristo, caminando sobre las aguas. Dijeron entonces los apóstoles: es un fantasma, y Pedro, el que antes había dudado, dudó nuevamente y dijo: Si eres Cristo haz que me acerque hacia tí, y entonces comenzó a caminar sobre las aguas pero oyendo la fuerza del viento tuvo miedo y comenzó a hundirse, pidió socorro y Cristo acercándose le dijo: Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?

Vuelvo a clamar de todos los peruanos la fuerza de la fe inmovible en que en esta hora histórica el destino tenemos que escribirlo con nuestra fe, vamos a comenzar un proceso de transformación de solidaridad en el cual todos podemos compartir nuestras riquezas pero pido sobre todo un esfuerzo y un milagro de fe a los peruanos.

Pueblo del Perú, yo hice de mi campaña un grito de esperanza, te pido que me ayudes a hacer del gobierno una acción de fe, por la libertad, la revolución y la justicia.

Los tiempos difíciles los vivimos. Los tiempos difíciles pasarán y si los sufrimos todavía por un tiempo inevitable, yo te garantizo que no serán para mantener la injusticia, sino para hacer algo grande en la historia y para que en todos los hogares, en los de la estera, en la vieja choza campesina, haya pan y para que en todos haya libertad y entonces, alguna vez, no conviviremos con la miseria, no nos rodeará el dolor, no cogerán manos barrotes de celda, no sentiremos el peligro de la inseguridad, ni habrá angustia en la madre ni falta de pan en el niño.

Hasta entonces, hasta que los laureles de una revolución transformadora nos haga a todos dueños por igual del Perú, yo pido fe, trabajo y decisión.

Yo anuncio que el futuro será nuestro. Ese es mi compromiso y aquí está el testimonio de mi vida y mi promesa ante la muerte.